

VALENTÍ PUIG

CASA DIVIDIDA

DIETARIO DE 2022



DESTINO

Valentí Puig

Casa dividida

Dietario de 2022

© Valentí Puig, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-233-6288-2

Depósito legal: B. 1.863-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ENERO

Los ídolos de 2021 se desvanecen entre las sombras apenas ha comenzado 2022. Es el inicio de un año *trans*, un año previsiblemente intranquilo, perfilado en el mapa impúdico del siglo XXI por el rastro del COVID y geopolíticamente fracturado por Ucrania y Taiwán. A la espera de nuevos impostores y déspotas, entramos en el nuevo año con la conciencia desamueblada, entre un enjambre de ángeles del mal, escindidos en una sociedad emocional que de cada vez genera emociones más mediocres y más supersticiones. Algún haz de luz nos permitirá vivir instantes serenos, leales al deseo de verdad, mientras desfilan artífices robóticos y no pocos cismas morales nublan la mitad del mundo.

Facilidad demasiado fácil la de confundir el paso del tiempo con la cronología.

Por la ventana de la habitación del hospital de Vic veo como la llanura se acomoda con los primeros repliegues de los Pirineos, de cumbres nevadas. Más cerca, un molino amarillo da vueltas. Las nieblas gélidas se esparcen metódicamente como desde hace siglos. Una Nochevieja clínica. Tenía punzadas en el abdomen y finalmente el día 30 de

diciembre voy a Vic, a urgencias de la clínica Bayés. El primer diagnóstico es una pancreatitis aguda. En ambulancia me envían al hospital de Vic. Al final, después de pasar por el tumulto de la planta baja, ingreso en la zona del cuarto piso, a distancia de las incógnitas y angustias del COVID.

Mentimos tanto que al final no sabemos si lo hemos hecho para evitar un mal o para perfeccionar una traición.

Escribe con los pies y da clases en un taller de escritura.

Y finalmente la empatía acaba siendo estricta mala educación.

La vida es así: de repente, sin saber por qué, te ves en una ambulancia astronáutica, tumbado en la camilla sin que aparezca alguien y diga: «Lázaro, levántate y anda».

El año 2021. Después de un año pandémico inacabable, según es costumbre, cuando más se amplía el conocimiento humano, más supersticiones acumulamos. Un puñado de alemanes —2.500, según *Der Spiegel*— se ha instalado en la costa búlgara del mar Negro para huir de la dictadura de la vacuna anti-COVID. Quieren apelar al Tribunal Internacional de Justicia. Curiosamente, no parecen inquietos por la alta incidencia pandémica en Bulgaria. Asumen la tesis conspirativa más elemental: las élites globales usan la pandemia para imponer un nuevo orden mundial regulado por las grandes corporaciones. Alemania —creen— ya no es un país libre: es Absurdistán. ¡Ah, lazaretos y cuarentenas que las leyes del mar imponían en siglos pasados! Hace meses y meses que vamos con mascarilla y cada día comparecen nuevos epidemiólogos. La televisión es una fábrica de clonar expertos, sean sobre plagas,

vulcanología, cambios de sexo. Nunca habíamos tenido tanto acceso a una nueva Ilustración ni nunca habíamos vivido tan en el margen de la razón razonable.

Tal como van las cosas, fatalmente el nacionalismo se cotiza más que el patriotismo.

Contemplo las nieves de los Pirineos y me imagino a los esquiadores *cool*, muy dotados de másteres, con propensión a apostar por el bitcoin, tan inteligentes y autosatisfechos como desentendidos del espíritu. Quizás sea la envidia de un sedentario que, además de pasar la entrada del nuevo año en una cama de hospital con barrotes, no ha podido celebrar las campanadas de la Nochevieja con, como de costumbre, doce tragos de whisky de malta.

¿Será 2022 tan banal o de bazar chino como el inicio de siglo? Sospecho que puede ser más extrañamente convulso. De nada valdrá mirarse al espejo y exhortarse: «*Memento magnitudinis*». «Acuérdate de la grandeza.» Bastante habrá con respetar el Código Penal.

Cambio de año en el hospital, un salto abrupto por ausencia de las costumbres de siempre. Diagnóstico inicial: los primeros indicios son de una alta inflamación abdominal generada por la vesícula. El hospital de Vic tiene una calma especial, animada por las voces vivarachas de la enfermería. Trote de camillas. La tos cavernosa y agónica de un paciente viejo. Cae rápidamente la noche, como si se abalanzara sobre Vic. Gotean el suero y los antibióticos. Las enfermeras van y vienen con los zuecos blancos, con una mirada expresiva que la mascarilla subraya. El hospital me acoge como un baluarte de la vida, con los silencios de espera ante el dolor. Mientras perduren en la realidad o la

memoria las torres de Jerusalén, plagas y pandemias acabarán por cesar el acoso. El mundo querrá rendir tributo a los ídolos nuevos, pero la acción humana se fortalece en la ciencia.

A menudo, la respuesta indefectible al buenismo es el brutalismo político.

La vieja política, tan decrepita; la nueva política, tan pueril.

A la cuarta planta no llega la tensión nocturna, con el rumor de un desfile doliente de ingresos de urgencia por coronavirus. Abundan los jóvenes y —según me explica una enfermera— muchos sin vacunar. Es moralmente pavorosa la rápida expansión de negativismo, que parece combinar un miedo milenario y una *delicatessen* más de la sociedad de la abundancia, una alteración del uso de la libertad y del rechazo a la idea del bien común. Como cualquier otra época, 2022 será propenso a una nueva fase de instintos obscurantistas, ahora propagados digitalmente, por iPhone, Instagram y TikTok. El gesto fanático del negativismo antivacunas es propio de una sociedad que lo quiere todo gratis y que ni ve que la libertad de los otros demarca la tuya ni que sea injusto que tu idea de la salud perjudique la de los demás. Es dar la espalda al bien común. Es una propensión de sociedades ricas y malcriadas, un nuevo Mayo de 1968 con las UCI llenas.

Por el COVID, limitación de visitas en el hospital. Montse viene desde Centelles —diez o quince minutos en coche— una hora por la mañana y una hora por la tarde. Hablamos de recuerdos, reconstruimos tiempos pasados que uno u otro habíamos olvidado. La paz conyugal es la

línea Maginot cuando los accidentes de la vida parecen alterarlo todo. Más allá de la pasión, la gracia providencial de una perduración de amor y afectos.

El envejecer democrático es perder la memoria de las cosas bellas.

De madrugada, te despierta una de las enfermeras de guardia para que tomes la pastilla que corresponde. Eres un semi-Job del ibuprofeno. Como un submarino nuclear de bolsillo, emerges de las aguas convulsas de un sueño en el que todos los símbolos que tu vida ha almacenado se entorchocan como si finalmente se tratara de compactar un gran aerolito. Hablas con la enfermera, consigues que se ría más allá de la fatiga y retornas a tu sueño, el breve cosmos que trasvasa sus caudales por entre las fisuras de la Vía Láctea.

Por muy bien que funcione el hospital, la comida es como una penitencia. De repente, añoras unas costillas de cordero a la brasa con su poco de alioli, la cata de estrategias ancestrales del paladar, una vida satisfecha con el sonido de una flauta de pastor, la forma de una azada o de una teja. Pero me sorprende que después de los primeros días sin apetito ni paladar, de boca muy seca, el primer recuerdo del gozo de comer sean los centenares de veces que he comido solo en aquel restaurante chino tan cerca de casa en Barcelona, en la calle Lincoln. La cocina china nunca me ha cansado. De una forma perfecta liga con la rutina. En cuanto me veían, los camareros chinos ya sabían lo que pediría. Trasfondo de canciones monótonas chinas, relieves budistas, farolillos que son como una bisutería, el pequeño vivero en la entrada con tres o cuatro langostas inmersas en una placenta verdosa. Está claro que me gustaría comer una espalda de cabrito al horno

pero —no sé muy bien por qué— tumbado en la cama del hospital de Vic pienso más en la hipótesis de un menú chino tópico: una sopa elemental, *dim-sum* diversos, ancas de rana a la pimienta, el bol de arroz frito cantonés, pato crujiente y, de postre, de forma invariable, el finísimo helado de vainilla con jengibre. Tengo una sensación de pecado agradabilísima.

Al final, todo es inmoral, aunque, presuntamente, la vida sea un acto moral.

De camino hacia *El mago de Oz*: pongo la televisión por primera vez desde que estoy ingresado y veo un concierto de música clásica por La 2. Unas solistas, de cuerda, me serenán el espíritu. Hace más de dos años que dejé de ver televisión, el depósito de pus más ostentoso de nuestro tiempo, de cada vez más tóxico, pero lo compensa todo ver a aquellas solistas deseosas de perfección, jóvenes que vuelven del conservatorio a casa cuando ya cae la noche, con el instrumento debajo del brazo, sucesoras de una disciplina de siglos que ha mantenido viva la armonía de la música clásica. Representan una vida superior, forma de voluntad jerárquica y selectiva. Cómo ladean un poco el cuello para sostener el violín, cuellos que tienen la ligereza perfecta del *arabesque* en una barra de ballet.

En la Europa poshumana, la distancia conflictiva entre liberalismo y conservadurismo irá a más. ¿Cuándo cayó el europeísmo —el centroderecha ahijado por el consenso de posguerra— en el error que lo ha ido debilitando? Thatcher y De Gaulle ya advertían del desacierto de ignorar la soberanía de las naciones. La fumistería institucionalista puede provocar un Tea Party contra cierta idea de Europa.

«¿Tiene cuarenta y siete años pero parecen treinta y dos o tiene treinta y dos y me parece que tiene cuarenta y siete?»

Para una ecografía, en silla de ruedas me llevan desde la cuarta planta hasta el laberinto tecnológico de la planta baja del hospital. Tengo una visión astracanada de Donald Trump y Boris Johnson a la espera de que les hagan un TAC cerebral.

Dispongo de largas horas para leer y tomar alguna nota. Escribir en el hospital. Agonía de la literatura. Hundimiento del periodismo. Y a su vez, para no perder el tiempo en el diagnóstico, leer y escribir.

Regreso a casa, con mucha alegría. Me han dado de alta a media tarde del día 8 después de una resonancia positiva. El cuarto de hora que hay entre Vic y Centelles, opacado por la niebla, nos deja en el portal de casa, con los cipreses recién recortados, la camelia que está por estallar, el viejo cedro y los tilos, por ahora sin hojas melosas, el gato de un vecino que se escurre entre las cañas, el estanque helado, la hierba húmeda y tierna. En el andén del retorno, los libros, el ordenador, la butaca de siempre, Montse ejerciendo de lleno las prerrogativas de señora de la casa.

Maldigo la ingratitud, a la fuerza, precisamente porque he sido tan ingrato con todo.

Primer paseo hacia el límite crepuscular mientras las nubes se descomponen y adoptan una variación de perfiles que nos tiene un buen rato buscando símiles morfológicos: pasa una nube oscura que parece una tortuga que estira el cuello y luego configura, modulada por los vien-

tos, el mapa de Australia. La oscuridad cae acelerada, hasta el punto de que volvemos a casa entre sombras severamente emblemáticas, como en un cuadro de Böcklin. Después de un día barrido por el viento, tendremos un cielo estrellado y frío.

En una Europa que irá despoblándose, con los inmigrantes africanos o los robots como sustitutos, la vieja pregunta: ¿cedió antes la religión o la familia?

En Fin de Año el papa habló del COVID. Desde el primer día, su papado no me convence —*mea culpa*— tanto como el de Wojtyła o Ratzinger, y me sorprende oírle hablar del dolor como una cuestión social, como si la Iglesia fuera una ONG y el dolor no fuera un misterio. Con poco rigor, me siento hijo de la Santa Madre Iglesia y creo que es obligado criticar a los papas lo menos posible, pero tengo presente la postura del cardenal Newman: si tuviera que hablar de religión en un brindis de sobremesa, primero bebería por mi conciencia y después por el papa. En el hospital me emocionaban las visitas de una monja que, con cojera aparatosa de una pierna y muy parlanchina, iba de una habitación a otra para tomar nota de los nombres de los ingresados a fin de rezar por sus almas. La gran fe sencilla, irrevocable. Solo una piedad prístina podría detener la desintegración de la conciencia moral. Solo una suma de humildad y honor puede derribar las nuevas torres de Babel.

La literatura francesa es la que mejor esponja los bosques y perfila los jardines.

Putin, con un imperio bien armado pero económicamente precario, y Xi Jinping, con un imperio sólidamente real, no son novedades poshistóricas, sino la secuencia

ininterrumpida de la gran conflagración que las sociedades abiertas, y por eso débiles hasta la impotencia, creen poder detener con diplomacia, treguas, tratados y guerras para llegar a la paz.

Intrigado por las referencias al juego de mesa Jenga, voy a YouTube. Los jugadores cuentan con cincuenta y cuatro bloques de madera y todo consiste en tener la habilidad de quitar un bloque que se pone en lo alto de la torre, de forma sucesiva y alterna. La torre crece y se va haciendo cada vez más inestable. Podría considerarse, precisamente, un juego de inestabilidad. No sé si por eso está de moda, pero me parece una celebración de la inestabilidad como fortaleza fungible. Es jugar con fuego porque la inestabilidad o las torres babilónicas me parecen una premonición de esas extinciones masivas que sobrevienen después de millones de años y hacen desaparecer dinosaurios. Es el escenario previsto para los próximos siglos, con pandemias, erosión del planeta, pérdida de resistencia humana, derrumbe de civilizaciones; como en el Jenga.

Poder y azar. En el momento de la Transición, los patrios de un pueblo industrial de Mallorca —hombres de poder económico— se reúnen en una sala del ayuntamiento. Quieren ponerse de acuerdo sobre la línea hegemónica que debería tener la vida pública con la constitución de los partidos políticos. Pronto llegan a un acuerdo. La mejor opción es la UCD liderada por Adolfo Suárez. «Ahora tenemos que pensar quién será el alcalde.» Nadie quiere serlo. Son hombres que tienen el poder, pero no quieren perder el tiempo haciendo política. Ninguno de ellos da el paso adelante. De repente, una cortina de la sala se mueve. Detrás está un hombre conocido en el pueblo, un maestro de escuela que no anda sobrado de dinero y es cronista de una

radio municipal. «Tú serás el alcalde.» Ganó las elecciones y fue alcalde un puñado de años. Un alcalde eficaz y honesto, de cada vez más popular. Le traté: era de una pasión política intensa. Salía de detrás de una cortina. Veinte siglos antes, el emperador Calígula cae asesinado. El vacío de poder es pavoroso para el imperio. Un vértigo de autodestrucción. Un guardia pretoriano ve una cortina que se mueve. Hace que la descorran y encuentra a Claudio, un hombre siempre temeroso de la intriga asesina, tartamudo, tío de Calígula. Con esta escena, Alma-Tadema pintó un cuadro esplendoroso. Y Claudio fue un emperador razonable salido de detrás de una cortina palatina.

El centro del espíritu casero de los años cincuenta era la mesa camilla. Era redonda, de madera y tenía un cobertor para calentar las piernas con la combustión de un brasero que se encendía y se apagaba cada día. Sin duda, prefiero la calefacción de ahora, sin nostalgia estadiza, pero el contraste entre la vida en torno a la mesa camilla —o las comidas compartidas con toda la familia— y la actual ilustra en parte una transformación que ha trastocado el mundo y más aún a partir de los años sesenta. Es la desintegración de costumbres y formas que daban cuerpo a la familia de clase media. A media mañana, con astillas de madera resinosa, se encendían los braseros. A menudo se hacía en el balcón o en el patio interior aventando las primeras llamas. Te enviaban a la carbonera de la calle de casa —una mujer con bigotes de mosquetero y un toque Dickens— y con el brasero encendido bajo la mesa camilla, y tutelado con una cuchara plana, llegaba la noche y dejábamos apagarse los rescoldos. Leíamos, escuchábamos «Matilde, Perico y Periquín» o «El criminal nunca gana» por la radio. Los odios familiares podían incubarse como en cualquier instante de Historia de la humanidad pero, en los años cincuenta, la

presencia de la mesa camilla sugería momentos de afecto y cohesión, de unidad familiar, de cosas compartidas entre generaciones. Décadas después todavía quedan escritores de mesa camilla. Cuando hacía crítica de libros, enseguida identificaba el tufo de las novelas escritas en la camilla, o ya con una estufa de butano, recalentadas, mediocres, como un escape de gas en la casa. Novelas con una loncha muy delgada de jamón de York adulterado.

Cuando pasé un curso académico en Irlanda del Norte a principios de los setenta —el tiempo de terror de *the troubles*— leía sobre historia de España. Aunque mi padre, azañista, me había defendido las virtudes de la República, pensé que la solución posdictadura era el retorno de la monarquía. La figura era el conde de Barcelona. Desde entonces, y más aún con la Transición y Juan Carlos, fui monárquico, de razón y no de sentimiento, de la misma forma que me había ido haciendo conservador sin ser de derechas de toda la vida. Después de Franco, la monarquía echó raíces a fondo. Con Zapatero se inicia una debelación *soft* de la Corona que tenía altibajos hasta que, con la aparición de Podemos y el auge del secesionismo catalán, con algunas irregularidades del rey emérito, cogió empuje. Creo que Felipe VI conseguirá reestablecer la confianza general. Es la defensa que hace Mirabeau de la monarquía constitucional a fin de que no llegue la revolución —es decir, el terror y la guillotina— y después el bonapartismo imperial. Habla de un árbol cepado que con su sombra cubre una superficie vasta; sus raíces profundas se extienden muy lejos y se entrelazan con las rocas eternas. Dice que esa es la imagen de la monarquía constitucional. Estoy convencido de que la imagen de Mirabeau vale para 2022. Continuidad, estabilidad, garantías para los hombres libres.

J. K. Rowling —la autora de los libros de Harry Potter— acusada de transfobia porque ha dicho que un hombre es un hombre y una mujer es una mujer. He aquí el hilo de plata de 2022.

El Gobierno de coalición de Pedro Sánchez es, en mi opinión, el más incompetente y verbalista desde la muerte de Franco. Sánchez es, simplemente, una buena percha. Cada día da por resuelta alguna cuestión de Estado, pero el caso es que su PSOE y Podemos parecen predispuestos a desarticularlo. El aumento implacable del precio de la electricidad es paradigmático. Lo envuelven con celofán tecnocrático pero la dependencia energética de España es, de pies a cabeza, una cuestión de Estado. Desde el plan de centrales nucleares de la UCD en tiempos de la crisis petrolífera, hemos caminado hacia atrás: el PSOE lo paró y el PP no se atrevió a reiniciarlo, por lo que seguimos pagando a Francia por la electricidad —y el depósito de residuos nucleares— y a Argelia por el gas. Y ahora mismo, con el incremento de tarifas eléctricas, no sé de nadie que haya sugerido rehacer y expandir las centrales nucleares. La superstición anti energía nuclear es más poderosa que la racionalidad científica: es decir, el *lobby* antinuclear le gana el forcejeo al Gobierno en una cuestión de Estado decisiva para el país mientras subvencionamos con dinero público la Disneylandia de los molinos para la energía eólica o las placas solares, sin tener en cuenta que la energía nuclear actúa contra el calentamiento global. El Gobierno lo sabe, pero ni lo menciona. Por una parte porque no quiere aceptarlo y también porque peligraría la coalición con Podemos y, sobre todo, porque pone en riesgo un segmento de votos. Das imágenes de Chernóbil —un fallo soviético— en los telediarios y sigues pagando peaje en Francia. La energía nuclear, así, continúa siendo un tabú. Angela Mer-

kel cedió ante los ecologistas y paga gas ruso. El recuerdo de la tragedia de Hiroshima anula la aportación de la energía nuclear a la ciencia médica. Esto forma parte del atrezo de Pedro Sánchez, concentrado en negar los riesgos de la inmigración sin control, en sostener la ideología de género, anestesiar en falso la cuestión catalana, perder peso en Bruselas y acabar con la prostitución, por ejemplo. Mientras, la electricidad sube de precio. Por estas razones, tampoco le conviene explicar los grandes avances tecnológicos en seguridad y reciclaje nuclear. El perfeccionismo de la simplificación justifica los gobiernos pueriles y posterga las cuestiones de Estado.

A.- Me lo pensé mil veces antes de decidir pasar la Nochevieja en un lugar fino, en las antípodas de la parafernalia coronavirus. En Nochebuena fuimos a maitines pero los niños no entendían nada.

B.- ¿Y unas doce campanadas en familia?

A.- Mis padres temen que los infectemos.

B.- ¿Entonces?

A.- Definitivamente, en casa. Yo, con Netflix; mi esposa enviando wasaps a las antiguas amigas de colegio y los niños cada uno en su habitación, con los videojuegos.

B.- Casero pero no especialmente fino.

A.- Es que fino fino ya queda poco.

Se desparrama el negativismo contra la vacuna del coronavirus. ¿Dónde están los límites de la libertad individual y el margen normativo de la salud pública? No nos está prohibido tener supersticiones, pero ¿incluye eso practicar cultos satánicos? El choque entre el individuo y la comunidad puede generar anomia. Stuart Mill decía que el único propósito por el que el poder puede ejercerse legítimamente sobre cualquier miembro de una comunidad ci-

vilizada, en contra de su voluntad, es para prevenir un daño a los demás. ¿No es el caso de la vacuna?

Una cosa es asumir que vivimos sin épica y otra es andar a cuatro patas con el móvil trasplantado en el cogote.

E-mail. Sospecho que tiene programado enviar de forma periódica correos electrónicos para hacernos saber el estado de su *work in progress*. Es una novela —dice— que no es una novela. Quizás sea que quiere hacerse valer sin escribir mucho. En cada e-mail hace mención de un obstáculo formal que no le permite seguir adelante con la novela que no es novela. ¿Quiere justificarse por la inacción o hacernos compartir una idea de la literatura que consiste en resolver problemas formales sin tener nada que decir? Al parecer, cada dilema formal le genera alguna alteración metabólica que él detalla hasta la sordidez. A la vez, suele echar la culpa de los sucesivos —o quién sabe si permanentes— bloqueos de escritor a un padre despótico, los años de estudio en los jesuitas, el alcohol ingerido más por deber que por placer o todas y cada una de las mujeres de su vida. Lo más irrisorio es que cree ser un seductor.

Era una familia que creía tan ostensivamente en Dios que lo habían puesto, en forma de ídolo barbudo, en el jardín de casa como quien lo decora con gnomos de barretina.

En el fondo, toda ambición es impura.

En el jardín ha aparecido una banda de gatos jóvenes. ¿Es que algún gato ha criado en el sotobosque o se juntan para devorar alguna paloma muerta? Miran hacia el pequeño estanque helado como si contemplasen su reflejo o año-

rasen los peces que en verano alguna vez consiguieron agarrar y tragarse. Alguna noche maúllan y suena igual a un enfrentamiento a muerte. Se afilan las uñas en la corteza de una encina. Desde que vinimos a vivir a Centelles hace más de dos años nunca había visto tantos gatos sueltos por el jardín, como si estuvieran en su casa de siempre. El más barrigudo y viejo se duerme en la esterilla de la entrada y, si lo ahuyentas, se va con una parsimonia flagrante, como un cortesano que es apartado por el monarca pero sabe que es imprescindible porque, de lo contrario, escribirá unas memorias muy crueles.

Tarde dulcemente soleada, casi tibia. Caminamos por el primer tramo de la ida a la ermita de l'Ajuda. Nos adelanta un ciclista, vestido y equipado para hacer el Tour de Francia. Lleva el manillar con una mano y con la otra sostiene el móvil. Habla y ríe estentóreamente. La bicicleta zigzaguea por el camino. Vía red celular, así como el hombre primitivo usaba el tam-tam, el ciclista cuenta con grosería las desgracias de un amigo engañado por su mujer. A principios de 2022, el drama de Otelo en manos de un ciclista rupestre. Escenas contemporáneas cuando ya cae la sombra por Collsuspina.

La moción de censura a Rajoy forzó la sustitución de un líder demasiado dotado para la desidia. Casado ¿es un líder estable? Lo vi en FAES. Era muy joven y permeable. En el peor de los casos, el PP volvería a la crisis de Alianza Popular de 1987, cuando Antonio Hernández Mancha sustituye a Fraga enfrentándose a Herrero de Miñón. El colapso gradual hizo que Fraga regresase y acabara designando a Aznar. En el caso de Casado, tiene la ventaja de Podemos en la Moncloa, pero le es un obstáculo la presencia de Vox. Precisamente cuando el centroderecha europeo necesita

una nueva articulación de ideas y estrategias, ¿tiene Casado un futuro de consistencia?

Leo *Anéantir*, de Michel Houellebecq, recién publicado. El hecho de que la literatura francesa lleve algunas décadas sin encontrar un *grand maître* no tiene por qué ser explicable. En toda literatura existen ciclos, relevos generacionales, azares, crisis de la conciencia, autismo, mimetismos. A su vez, la santificación del *maître* puede ser pasajera, como fue el caso de André Gide, un actor secundario elevado a protagonista. En el fondo, no sabemos por qué Francia no tuvo su Saul Bellow ni cómo los Estados Unidos han ido pasando a la intemperie. Desde la época en que señoreaban las *emes* —Mauriac, Morand, Malraux o Montherlant o incluso Maurois—, después de la larga regencia de Sartre en los ochenta, el *maître* parecía ser Michel Tournier y después, a modo de continuación de un eclipse, se pensó en Pascal Quignard. La diplomacia francesa y la red mundial de la Alliance Française en el extranjero reclaman un *grand maître*. Ahora nadie tiene el impacto de las novelas de Houellebecq, aunque en cada *rentrée* se publiquen cientos de novelas bien o mal escritas pero por lo general carentes de sentido, firmadas por figuras mediáticas, con el *make up* de autoficción o de autoayuda. Tras el aprendizaje de la provocación, con *Anéantir* Houellebecq inicia una celebración de lo humano, tantea el acceso a la condición humana. Como suele pasarle, no consigue el equilibrio entre decir cosas y el afán de escribir porque avanza a borbotones y acaba como un ectoplasma, con piezas de documentación que no se integran y estropean la fluencia del relato, ya suficientemente lastrado por la fragmentación. A pesar de todo, aunque se arriesgue a extrañarse en la desproporción, se pone al margen de la nada formalista y de inmersión en el lenguaje *per se*. No es que

la literatura francesa sea un desierto: más bien es un paisaje desfigurado, y por eso escritores como Houellebecq llegan a la celebridad cuando pretenden dar interpretaciones de la vida dejando de lado los estragos del *nouveau roman*, el estructuralismo, *Tel Quel* o el deconstruccionismo. Después del arte por el arte se había transitado hacia una novela absorta en los efectos geométricos, desvinculada de otro nexo que no fuera la innovación formal, a expensas de la práctica negación del carácter o de la representación de la experiencia histórica. La ruptura con la continuidad de una forma de entender la literatura como una civilización es una de las culminaciones de la posmodernidad. Ahora hace falta contar las historias de Harry Potter para tener lectores como los que tenía Dickens. En los episodios políticos, *Anéantir* es insustancial, pero lo supera en los capítulos que tratan de la eutanasia y la muerte. Tiene un vaivén con tic de folletín, golpes satíricos y un sentido de la vida que expresa mayor integridad. Paradójicamente, si más que nada fue considerado un *enfant terrible*, ha conseguido ser un novelista adulto. Respeta mucho a sus personajes, toma el pulso a las enfermedades morales de nuestra época y quizás acabe haciendo una apuesta pascaliana. Todas las literaturas están en un momento de transición no sabemos hacia dónde y la muerte de la novela puede ser definitiva. Otros géneros cumplieron con su ciclo: la ópera italiana, el wéstern. En las mejores páginas de *Anéantir* —un libro con buenas y muy malas páginas— el lector puede revivir algún momento balzaquiano o un toque Simeon. La literatura francesa sigue sin un *grand maître* —sagrado, intocable, con un pie en el Panteón—, pero siempre es mejor un *Anéantir* convincentemente defectuoso que no tantas novelas inundadas de emocionalismo o falsa abstracción. He aquí el aspecto poco *grand maître* de Houellebecq: cabello que parece grasiento, la parka, camisas de

mercado de pueblo, la mochila, los tragos de cerveza, la expresión poco discursiva, una mirada apagada y acuosa.

Ahora los jefes de prensa son directores de comunicación; los callistas, podólogos; los fotógrafos de prensa, periodistas gráficos; los analistas políticos, politólogos; los cocineros, chefs; hacer preguntas por teléfono, demoscopia; las secretarias, asistentes personales; los barberos, estilistas.

Quizás exista una fatalidad del carácter: por ejemplo, orgullo o vanidad. Es como ser alto o bajo, hipo o hipertenso, zurdo o no, cariñoso o esquivo, extra o introvertido. La diferencia es que la vanidad y el orgullo son pecados. Mientras, Job pasa los días en el estercolero, sin acusación ni proceso judicial, siempre pendiente de una sentencia que solo puede terminar con el perdón de una autoridad omnipotente, superior a la ley y de conmiseración tardía.

El Boris Party. No es decadencia. Por ahora es la ofuscación de una sociedad que ha dejado disolver las formas vitales y, en consecuencia, institucionales: un *hooligan* como Boris Johnson haciendo fiestas salvajes en Downing Street en plena pandemia, la reina Isabel le retira los títulos a su nieto, el príncipe Andrés, hegemonía brutal de la prensa amarilla, el Brexit como una metástasis que desagrega normas y desvanece ejes jerárquicos. Desde que vivimos en Londres, el concepto del Reino Unido parece ya en deterioro, fuera de dimensión, aparte de la turística. Incluso la Cámara de los Comunes —según la vemos por la BBC— ha perdido la energía de la tradición y los últimos elementos de una pasión política que parece haber agotado alternativas y capacidad simbólica, como un proceso de oscurecimiento.

Saber leer. Cuando aparece *Los miserables*, Lamartine hace un comentario muy fino, atribuyendo a Victor Hugo una «crítica excesiva, radical y a veces injusta de una sociedad que lleva al hombre a odiar lo que le salva, el orden social, y a delirar por lo que la pierde: ¡el sueño antisocial del ideal indefinido!».

Confusión constante —y a menudo deliberada— entre xenofobia y racismo. Entiendo que la xenofobia es el instinto o la reacción de los seres humanos cuando ven con miedo o recelo a quien les es raro —hostilmente extraño— o demasiado desconocido porque no forma parte de su mundo; el racismo es una forma, débil o dura, de considerar inhumana la raza que tememos o rechazamos.

No hace falta ser un teórico de la realpolitik para darse cuenta de que, desaparecidos los imperios, la idea de imponer metódicamente la democracia en países sin ley puede ser un mal mayor. Es más, con todos sus excesos, los imperios eran menos dañinos que las revoluciones.

En Palma se ha incendiado el viejo Hotel Perú. Desde hace años incontables, era un refugio de okupas y camellos, de prostitución exprés. A finales de los años cincuenta, desde el balcón con cristales de casa, observábamos todas las noches, desde el otro lado de la plazoleta del Banc de s'Oli, como los clientes del Perú cenaban en el comedor a punto de decrepitud natural. Era como ver la televisión antes de la televisión. Una temporada hubo un camarero que servía el vino con la botella envuelta en una servilleta blanca. Otras temporadas, los clientes habituales tenían su servilleta en una casilla. Solían ser viajeros de comercio que por la mañana llegaban del puerto en taxi con las cajas del muestrario. Cenaban y a veces salían a dar unos pasos.

Alguna vez llegaba algún conjunto musical, turistas algo extraviados y, como premio especial, un taxi lleno de viajeros asiáticos que nunca supimos qué venían a hacer. Desde la azotea de casa veía la del hotel, como una mar de sábanas puestas a secar. En torno a las otras azoteas de la plaza había un puñado de amantes de la colombofilia. Echaban a volar palomas al atardecer agitando un trapo. La paloma que lideraba el vuelo llevaba un cascabel. El hotel tenía la regularidad de un metrónomo. Así era la plazuela del Banc de s'Oli, con una taberna, un almacén de curtidos, un estanco, un colmado y una tienda que me parecía de aventura porque vendía todo cuanto puede necesitar un pescador. A menudo, encendían unos braseros que calentaban las cañas para enderezarlas. En el nomenclátor la plazuela se llamaba de Palou y Coll, en nombre de un escritor de teatro y político del siglo XIX. Escribió un drama romántico sobre Jaime IV de Mallorca, *La campana de la Almudaina* —satirizada en la cabecera de *L'Esquella de la Torratxa*—, y tuvo un éxito insólito en Madrid. Muy aplaudido, con veinte representaciones consecutivas. Volvió a Mallorca. Ejerció de abogado, iba a las tertulias de las apotecarias y llegó a senador y diputado, primero con Prim y después durante la Primera República. En medio de la plazuela había una fuente. Pasaban pocos coches. Por las noches resonaban las conversaciones de un café de peñas taurinas y jugadores de tute y siete y medio. Las llamas del Hotel Perú, remanentes de una infancia que ahora me parece intemporal.

El ideal de preservar de la forma que sea la pureza del voto es una entelequia con *feedback* negativo porque ¿hasta qué punto hay modo de rebatir la democracia como simulación si votamos no por la razón, ni siquiera por el interés, sino por mimetismo? Las causas imposibles se asemejan a

una tienda de anticuario enloquecido en un mundo demasiado volátil.

Recuerdo que, de joven, era esbelto y ahora, pasados los setenta, le veo abotargado. Si antes tenía una nariz delicada, ahora parece un boxeador jubilado a la fuerza. Hace años que no lleva corbata. Dejar de fumar por ley le quitó ese toque de distinción de los hombres que fumaban con estilo de mujeres cinematográficas. Lleva cola en la nuca y un mostacho de regimiento escocés. Va con unas bambas de colores aerodinámicos, con los calcetines caídos. Así es como ahora envejecemos, a fuerza de desear parecer jóvenes.

Después del felipismo, la izquierda, más que gobernar, simplemente ha querido acaparar el poder.

Del hospital de Vic durante las primeras noches de 2022 recuerdo un sueño salvaje, quizás inducido por las dosis notables de antibióticos contra la inflamación abdominal y para reducir el dolor al máximo. Era un sueño de loto, después de reposar en un castillo entre nieblas, ya de regreso de las ruinas, mustias las guirnaldas y envainada la espada flamígera. ¿Lo estaba soñando o es que me contaba a mí mismo —escribía *in mente*— un sueño? Por millonésima vez, el sol se levanta entre las altas torres bulbosas porque el planeta ha ido girando con el día a día de batallas y la confianza en la resurrección de los muertos y el perdón de nuestros pecados, como si la gran verdad multiplicase su resplandor. Entonces no anoté ese sueño y no sé por dónde regresa a fin de escribirlo, ya después. Era, creo, una cuestión de escribir y no soñar. Entre los años setenta y ochenta llené un cuaderno con descripciones oníricas, finalmente trizado. Con el tiempo, me doy cuenta de que publicar descripciones de sue-

ños es una mistificación y, como mínimo, fomentan tedio en el lector, como lo es que te cuenten sueños a la hora del desayuno. Son símbolos de vida perdida, restos de un naufragio, hojas muertas, autoengaño.

Podemos deducir sin esfuerzo que en muchos estudios de pintores de ahora no existe un solo pincel.

Miras por la ventana del nuevo año, predeterminado por el volumen tan heterogéneo del COVID, las osadías de Putin, la agonía independentista, la falta de semiconductores, el hervor volcánico, el amateurismo de la política española y, como un nuevo desierto de los tártaros, puedes intuir una civilización en precario. El catálogo de errores tiene un grosor que sería interpretable como una recaída de Occidente. ¿Puede una sincronía entre el espíritu y la tecnología hacernos ir más allá de la esquina, mirar por la ventana y divisar una tradición occidental reforzada y más resistente? Es como cuando el Renacimiento se transforma en Barroco atravesando el puente de las formas manieristas. Todo es posible, nada está escrito si descontamos el pecado original.

La mitificación de la Segunda República y el antifranquismo como placebo: he aquí el atajo de la izquierda para erosionar la transición democrática. De D'Ors y el advenimiento de la Segunda República: «El plebeyo jolgorio en que una inconsciente muchedumbre se tragó quince siglos de tradición como pueden tragarse doce granos de uva, al punto de medianoche del Año Nuevo».

Paso por el Passeig de Centelles, entro en el café Can Pequeño y la vida cotidiana tiene toda la importancia, como la tercera dosis de la vacuna, los secretos del pueblo, la conversación distraída, una llegada de okupas, la confianza de

quienes son amigos desde que fueron a las monjas y ahora se acercan a los ochenta en largos días bajo cero.

Alguien —no consigo recordar quién— dijo que Joan Maragall es un modelo de hombre que domina su destino. No sé qué aspiración puede ser más digna. Digamos aristocracia positiva porque es forma de exigencia moral por una belleza noble. Esto es totalmente anacrónico en esta época de pornografía emocional. Hombre de familia, hombre de orden, Maragall dice: «Salid de la fila: ¡confesad vuestra individualidad!». Es casi cómico compararlo con la individualidad entendida como una forma de teñirse la cresta color butano o de poner a la venta las camisetas *grunge* en el mercado online de Vinted.

Paradoja de un periodismo —papel o digital, audiovisual— que nos hace más analfabetos.

Emmanuel Macron es como el niño que lo sabe todo y en Navidad le hacen recitar poemas de pie en la mesa del comedor mientras va pensando, sin darse cuenta, cómo complicarle más la vida a la Unión Europea, que es la manera francesa de componerla.

Con la crisis de Ucrania, por ejemplo, el nacionalismo ruso antioccidentalista tiene por aliado —una quinta columna— las formas intelectuales que en Europa y en los Estados Unidos condenan a Occidente como un complot colonialista. La eslavofilia —extremada por la idea de Eurasia— se entiende bien con la Europa relativista, incapaz de mirar a la cara a enemigos como Putin o el islam. Creer que la desunión soviética —desenlace de la Guerra Fría— habría trastornado las raíces de la Madre Rusia fue un error elemental, como predecir el fin de la Historia, aun-

que Fukuyama sea un intelectual de peso. A pesar de las advertencias de Solzhenitsyn, quizás ni Gorbachov ni Yeltsin tuvieron margen para hacer política exterior y económica y a la vez alimentar la veta patriótica rusa, tan intensa que incluso Stalin la antepuso al sovietismo para derrotar a Hitler, aunque después de firmar el Pacto Ribbentrop-Molotov; pero más allá del enfrentamiento entre eslavófilos y occidentalistas, el nacionalismo ruso tenía una permanencia casi sagrada. Es el cebo de Putin cuando hace maniobras militares en la frontera con la Ucrania independiente después de ocupar Crimea. Recuperar la gran Rusia para mantenerse en el poder. Occidente es el reino del anticristo. Las élites del KGB no se abstendrían del ideal de Eurasia. Rusia ya no es una superpotencia, y quizás por eso la influencia de un pensador como Aleksandr Dugin —próximo a Putin— explica que tantos rusos rechacen la tradición demoliberal de Occidente, por el recuerdo de las humillaciones recibidas, como la adhesión a la OTAN por parte de países que eran zona soviética o piezas del Pacto de Varsovia. Parte de la nueva extrema derecha europea —en mi opinión de forma perjudicial— parece identificarse con Dugin: populismo patriótico integral, aniquilar a Ucrania, liquidación de la hegemonía liberal en Occidente, porque Rusia es una civilización, la tercera Roma. Dugin habla del destino cósmico y de los Estados Unidos como imperio del mal. Aún estamos entre Turguénev y Dostoievski, entre Dugin y los herederos de Herzen. Eurasia, Putin, Ucrania.

La vicepresidenta Yolanda Díaz, estilista de la empatía política, a veces incluso parece que, haciendo horas extras en un bingo, se haya convertido en la vendedora de cartones más popular de las noches.